

AMIGOS

KATIA D. HOLGUÍN

No hay como una tarde de noviembre. El sol resplandece intensamente en un cielo sin nubes, pero una fría brisa otoñal hace que su calidez se sienta tan sutil como una caricia. En el aire hay un cierto sentir, algo que me hace pensar que todo es posible. Quizá sea porque la Navidad se acerca y todas las tiendas han comenzado a decorar sus vitrinas con varios monos de nieve y escarchas de diferentes colores. ¡Quién sabe! Aunque hoy es un lindo día, en el cual las emociones están a flor de piel, me toca pasarlo sentada en una de las mesitas de *Starbucks* mientras escucho hablar a aquella que se dice ser mi amiga. No es que me caiga mal. Al contrario, soy bastante imparcial. En otras palabras, me vale lo que piensa y no es que quiera ser mala onda, pero no me había acercado a Raquel desde hace muchos años. Simplemente, nuestras vidas tomaron diferentes rumbos, lo cual nos llevó a tomar diferentes decisiones y grupos sociales. La única razón por la cual me esfuerzo por estar cerca de ella es porque él me lo pidió. Él me pidió escucharla y ayudarla pues sus palabras no tienen el mismo efecto que las mías, o al menos, eso es lo que mi amigo imagina.

—No fue tu culpa— contesté automáticamente antes de darle el último sorbo a mi café amargo. Por estar tratando de calmar a Raquel, se me había olvidado ponerle azúcar a mi bebida. Pude haber interrumpido su desdicha para ir por un par de sobres de *Splenda*, pero algo me obligó a permanecer en mi lugar hasta que ella terminó de contarme su historia por décima ocasión.

—Daniela, es que no entiendes. Nadie sabe en dónde está y eso me mata— Raquel dijo mientras tomaba más servilletas para limpiarse la cara. Su rímel había comenzado a marcar trazos de color gris en sus mejillas.

Suspiro. En verdad, trato de entenderla pero en ocasiones me es difícil. Fue hace tanto tiempo. Antes de salir de puente por la Independencia de México, el director de la prepa nos convocó a una asamblea general en donde se nos anunció la desaparición de Carlos Hinojo, uno de nuestros compañeros. Carlos estaba en otro salón, así que no llegué a conocerlo personalmente pero lo que sí sabía es que él era amigo de Tony, aquel chico que alguna vez fue mi amor imposible. También sabía que Carlos y Raquel habían comenzado a aventurarse en aquel extraño limbo que hay entre los mundos de amistad y romance. Se dice que Carlos desapareció después de una pseudo-cita que tuvo con Raquel.

Rumores así corren con bastante rapidez entre los pasillos de la escuela. Es casi imposible no escucharlos.

Lo que es peor, Raquel no ha negado ni confirmado nada.

Se pasa todo el día vacante y en ocasiones se salta clases para ir a encerrarse al baño y llorar hasta que sus ojos se pintan de un tono rojizo.

—Mira, Raquel, ya me tengo que ir. Mi clase empieza en media hora y todavía me falta ir por mis libros al *locker*— mentí mientras me ponía de pie y me abrochaba la chamarra.

Raquel dirigió su atención a mi dirección mientras asentía. Aunque su mirada parecía estar fija en mí, sus ojos parecían contemplar algo en la distancia, algo que iba más allá de mi ser.

—Ok, Dani. Gracias por escucharme.

Me estremezco.

No por la mentira que le dije a Raquel al tratar de zafarme de su dominio. Más bien, mi reacción se debió a su inoportuna demostración de afecto. Nadie me ha dicho “Dani” desde que tenía seis años y ella y yo pasábamos las tardes de verano jugando en el parque del vecindario. Pese a la incomodidad que Raquel me hizo sentir, fingí no escuchar nada. Simulé que por un momento, ella y yo éramos las mismas niñas que recolectaban hojas del árbol para decorar los pasteles de lodo que tratábamos de vender a los niños que pasaban por ahí. Al final, le dediqué una sonrisa falsa antes de tomar mi mochila del suelo.

¡Cómo me gustaría viajar por el tiempo y obligarla a tomar la oportunidad de ir a estudiar al extranjero! Porque así ella no habría conocido a Carlos ni tampoco a la persona por la cual yo me desvelo y procuro que mis acciones alrededor de Raquel sean las más propias. Verán, es una realidad cruda pero es posible que Raquel llore la ausencia de alguien que ya no vaya a ver. Mientras tanto, mi caso es diferente.

Yo lloré la ausencia de alguien presente.

—Bye—le atino a decir a Raquel antes de salir del establecimiento sin esperar su respuesta.

Mi conversación con ella pudo haber tenido la posibilidad de viajar al olvido pero tan pronto como salí, una corta melodía inundó mis sentidos.

Había recibido un mensaje que hizo que mi corazón se acelerara a mil por hora.

Detrás de esa brillante pantalla de fondo azul, la frase “Te veo en la biblioteca” sobresalía pero lo que más saltaba a mi vista, era aquella pequeña letra solitaria que adornaba el final del mensaje... “—A”.

Para muchos, la letra “A” es solo una letra más en el abecedario pero para mí representa el nombre de mi droga de preferencia y como cualquier adicto, caigo ante la dependencia de verle. “A” o Alberto es mi mejor amigo. Lo conocí durante la clase de inglés cuando la maestra nos puso en equipos para elaborar una presentación acerca de uno de los poemas de Edgar Allan Poe. Ambos queríamos trabajar en el mismo poema—Anabel Lee—pero el resto del equipo tenía otro poema en mente y aunque al final expusimos el poema que el resto del equipo quería analizar, Alberto y yo forjamos una amistad basada en nuestros intereses comunes. El poema sólo fue la llave que abrió la caja de Pandora. Poco a poco, cada vez que teníamos clase de inglés, pasábamos la mayor parte del tiempo hablando o pasándonos notas.

Fue una de sus notas la que me hizo despertar y darme cuenta de mis sentimientos.

Me di cuenta de que no podía imaginarme mi vida cotidiana sin él.

Cuando la campana sonó y todos comenzaron a salir del salón, yo llegué a la conclusión de que mis sentimientos por Alberto rebasaban aquellas relaciones con la amistad.

Y él se dio cuenta de lo mismo, aunque yo no era la chica con la cual él soñaba ya que Raquel ocupaba aquel prestigiado lugar.

Mi celular volvió a sonar.

“¿Cómo está Raquel?”

¡Ay de esas tres palabras! Éstas me mandan al borde del precipicio.

Alberto se encarga de preguntarme de Raquel pero ignora que detrás de mis bromas y sarcástico sentido del humor hay una persona que se preocupa por él.

No se da cuenta de que existo.